

EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Dirección y Redacción,
Pedregosa, 7.
Administración, Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CÁRLOS DIAZ.

Precios.
En Córdoba, trimestre, 6 rs.
Fuera de la capital; id., 7 id.

SUMARIO.

Victor Hugo, por F. de B. P.—Impresiones de Córdoba, poesía, por José Nuñez de Prado.—El Amor, por C. F.—En la muerte de doña Antonia Parroldo, por Amador Jover y Sanz.—Anécdota, por J. M. Moratilla.—Misceláneas.—Pasatiempos.—La señorita de Champrosay.

VICTOR HUGO.

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

II.

Es innegable el entusiasmo que produjo la aparición de la nueva obra de Victor Hugo en los círculos literarios de Madrid, y pocos jóvenes de la época se eximieron de la influencia general «¿Quién podría negar justamente,» ha escrito el atildado y festivo Mesonero, «el tributo de entusiasmo y admiración al autor de *Nuestra Señora de París*, y de *Lucrecia Borgia*, de las *Orientales* y del *Angelo*? ¿Quién resistir al impulso de la época, que agitando y conmoviendo todas las imaginaciones, todos los talentos en política, en ciencias, en literatura, en artes, les presentaba nuevos y dilatados horizontes de porvenir y de gloria?» Esto decía el mismo que en uno de sus más celebrados cuadros de costumbres había personalizado *Un romántico* en cierto sobrino suyo, á quien por la *forma de sus composiciones* y por el *fondo de sus pensamientos*, no sabía si calificar de gran poeta ó de loco de atar. *Hugólatra* llamó el mismo autor á la secta juvenil y ardiente, que dominaba á la sazón en la república literaria. Alzaba á un alto punto de esplendor y gloria la bandera de la reforma el periódico titulado *El artista*, donde, con los ya conocidos escritores Gallego, Martínez de la Rosa,

Saavedra y Vega, brillaron los nombres de Espronceda, Gil (Enrique), Madrazo. Bermúdez de Castro, hermanos, y por primera vez el de Zorrilla. Entre otros más, muy notables, se distinguía D. Eugenio de Ochoa, cuya clara inteligencia, enriquecida primero con los consejos y experiencia de españoles doctos de la época anterior, había madurado al calor del estudio y trato de ilustres escritores extranjeros, y con la visita aprovechada de otras naciones cultas.

Ochoa, pues, uno de los fundadores de *El Artista*, después de servir á la propagación de las nuevas ideas, con sus artículos doctrinales y críticos, sus biografías y las producciones de su propio ingenio, emprendió la obra de dar á conocer las de Victor Hugo, de quien fué admirador y amigo.

El recuerdo de aquel periodo lleno de vida, agitación é ilusiones, juntamente con la circunstancia de haber visitado, los lugares donde se suponen los principales acaecimientos de la estupenda novela, empeñáanos á consagrar á su ligero exámen estos apuntes.

Hizo el traductor Ochoa con notable esmero y escrupulosidad la versión de la obra á la vez que confiesa en su prólogo, que la juzga punto menos que intraducible, como el Quijote de Cervantes, el Pentagrúel de Rabelais, y otras grandes creaciones de la inteligencia humana. Encariñado con el objeto de su trabajo alude al dicho de un célebre poeta español de nuestros días: de que *Nuestra Señora es la grande obra del siglo*. Dudamos, sin embargo que la posteridad confirme este fallo crítico atribuido á D. Juan Nicacio Gallego, tanto más de extrañar, cuanto que este eminente y sobrio escritor profesó las doctrinas seve-

ras de la escuela clásica, y mas de una vez se burló con su sazonado aticismo de las extravagancias de la adversa bandería literaria. Posteriormente el juicioso crítico D. Alberto Lista aseguró en alguno de sus escritos que esta ponderada novela no sobreviviría á su época, como sobreviven los trabajos verdaderamente grandes de la inteligencia. ¿En qué han podido fundarse juicios tan contrapuestos? No recordamos ningun análisis detenido de esta obra, puesto que las haya razonadas y profundas. No descenden á consideraciones muy hondas y trascendentales las biografías que mas circulan, concernientes á este señalado poeta contemporáneo y que son conocidas en nuestro pais. En la vida de César Cantú hace Constanzo mencion de un trabajo periodístico de este historiador milanés, cuyo objeto era el exámen de las obras de Víctor Hugo, y especialmente de *Nuestra Señora de París*. A falta de esta produccion en que podemos esponer el espíritu de atenta investigacion, la penetracion crítico-filosófica y la rectitud de miras que se notan en otras obras del laborioso historiógrafo italiano, nos atrevemos á conjeturar sean la médula de su juicio las siguientes palabras que se leen en su *Historia de cien años*:—» Hugo... en *Nuestra Señora* que es una pintura admirable sepultó á los hombres bajo la arquitectura, á las almas bajo el peso de los sentidos, cuya fisiología espuso, se sumió en padecimientos esquisitos; pero sin ninguna elevacion á aquel órden de cosas que les hacen adquirir un carácter espiatorio y de preparacion. Tan solo en *El último dia de un condenado*, y en el *Claudio el mendigo* investiga los desórdenes sociales, que castigan al hombre por culpas á los cuales ellos mismos le arrastraron. Expone igualmente que las novelas de Hugo, son mas bien que otra cosa la aplicacion de la teoría de lo feo y de lo torpe, iniciada por Juan Santiago Rousseau. Este habia introducido ya en tal género de literatura, la inevitabilidad, la justificacion de las pasiones, y la fatalidad de las circunstancias. Lo que interesaba al vicioso en mengua del hombre de bien, ocasionaba el disgusto de la vida real y llevaba finalmen-

te al abandono de los deberes, á ella respectivos.»

F. DE R. P.

(Se continuará.)

IMPRESIONES DE CÓRDOBA.

(Conclusion.)

III.

¡Una palmera doliente
En las nubes del espacio
Oculta la altiva frente,
Por no verse entre la gente
Que hizo polvo su palacio.

Aquella torre asentada
En medio de aguas y flores,
A cuya reja dorada
Un rey en trova acordada
La cantaba sus dolores.

¿Por qué descubriendo el llano
Te elevas tan arrogante?
¿Miras con empeño vano
Si tras del monte lejano
Se distingue algun turbante?

¿Por qué á tocar los linderos
Del cielo atrevida subes?
No hallastes tus caballeros,
Y vas á buscar guerreros
En el seno de las nubes?

Pobre palmera! tendida
Deja la verde melena
Por el viento sacudida,
Dame tu sombra querida,
Que yo aliviaré tu pena.

Tu sombra! dichoso velo
Que arrojado sobre el suelo
En tus dias de esplendor,
Habrà velado algun cielo,
De alguna gloria de amor.

Quién sabe si el pié travieso,
Bordando la verde afombra,
Una niña en loco esceso
Sintió en sus lábios un beso
Y cayó bajo tu sombra.

Y quién sabe si al dejar
La sultana el perfumado
Baño de rosa y azahar,
Vino á tu sombra á enjugar
Su cuerpo en perlas bañado.

Y cuando en tu desconsuelo
La viste partir tan bella,
Quisistes en loco anhelo
Sacar tu tronco del suelo
Para arrastrarte tras ella.

Quién sabe si cuando huía
La luna allá en lontananza,
Haciendo la noche umbria,
Mudarra á tu pié venía
A meditar su venganza.

Allí sus ojos bril'aban,
Cual los de un tigre en acecho;
Chispas de fuego lanzaban,
Relámpagos que anunciaban
La tempestad de su pecho.

Murió tu imperio! mas vuela
Por el mundo su memoria,
Y ahí estás tú siempre en vela,
Como mudo centinela
De esos despojos de gloria.

Mas, ay! aunque fuerte enseña
Resistes al viento ronco
Que silva de peña en peña:
¡Quién sabe si de tu tronco
Hará a'gun imbécil leña!

IV.

Una fuente, un arroyo cristalino
Y la sombra de un álamo frondoso,
Cansado ya del erial camino,
Busco para gustar blando reposo.

Yo sé que de estas fuentes al murmullo
Oye cantos sublimes el poeta,
Que es á su lado ese doliente arrullo
La voz de Dios al oído del profeta

Yo sé que viven sombras en la calma
De este bosque que agita el aura errante,
Que quizás cada tronco encierra un alma
Como en la selva lúgubre del Dante.

Y sé que ese rio manso en sus menudas
Piedras una deidad guarda escondida,
Bella como la vírgenes desnudas
Entre las aguas del jardín de Armida.

¡Aquí reposaré! las bellas Hadas,
Que habitan bajo el manto de la fuente,
En alegre tropel enamoradas
Sus velos colgarán sobre mi frente.

Y en estos mismos campos aprendidos,
Ellas me contarán cuentos tan bellos,
Que si les presto atento mis oídos
Cosa será de enloquecer con ellos.

Me mostrarán las rosas y jazmines,
De Medina de Azahra, su opulento
Alcázar asentado entre jardines
Como áscua de oro iluminando el viento.

Y desde allí hasta Córdoba el ambiente
Llevará mis canciones noche y día,
Como los besos que á una amada ausente
En sueño de deleite el lábio envía.

JOSÉ NUÑEZ DE PRADO.

EL AMOR.

Al escribir el título de estos renglones me ha hecho sonreír la idea del efecto variado que produce siempre esa palabra.

Lectores habrá que pasarán por alto mi humilde trabajo temiendo perder su tiempo en leer puerilidades: otros mas bondadosos, ó menos ocupados, lo repasarán rápidamente: muchos verán en él uno de tantos artículos que duran lo que las rosas, y algunos devorarán sus palabras, por ver si encuentran en ellas un reflejo de sus sentimientos.

Ah! Yo he hecho siempre lo que en estos últimos: la palabra amor tiene para mí un encanto impregnado de delicadeza y de ternura, una atractiva simpatía, una agradable sonoridad.

Por eso me atrevo á escribir sobre un asunto que todos conocen.

¡Es tan dulce hablar del amor cuando se ama!...

Y qué es el amor?

«Es ser dos y no ser mas que uno; un hombre y una muger que se funden en un ángel: es el cielo.»

Así se expresa Victor Hugo con esa volcánica fantasía cuyo ardor parece aumentar el hielo de los años.

Y á mi juicio, para conceder la existencia del amor hay que comprenderlo así.

Un ser desde el momento que ama se espiritualiza: sus instintos se dulcifican merced al nuevo sentimiento que ha venido á perfumar su corazón; y este mismo corazón se hace santuario de la mas alta de todas las virtudes; la caridad.

El amor es la modestia para uno mismo, puesto que las aspiraciones se limitan á un objeto: es la tolerancia para los demás, á quienes se cree menos felices por el hecho de no ser amados como ellos lo son, y es el cariño

para todos, porque se vé á todos por el prisma de nuestro corazon á quien el amor ha hecho sublime, como lo hace sufrido y fuerte el dolor.

Indudablemente la mayor suma de felicidad á que se puede aspirar en la tierra, la poseen dos séres que se aman.

Pedid á un amante que os haga el retrato de su amada y os asegurará bajo su palabra que es la muger mas hermosa del mundo: decid á ella que existe entre los humanos un ser mas amable, y os sonreirá desdeñosamente.

Si encontráis á los dos en alguna parte, observadlos: «Toda la sávia de la tierra alimentando una planta sola; todo el fuego del sol irradiando sobre un objeto nada mas.» como dice Yorik en *Un drama nuevo*, tendrían fuerza menos viva que el amor que dilata sus corazones; ved el caso que hacen de todo cuanto pasa ante sus ojos, ¿qué les importa á ellos de vuestras modas ni de vuestros trenes? ¿Qué impresion habeis de causar en su ánimo con vuestros honores ni con vuestras riquezas, si ellos las trocarían todas reunidas por la dicha que gozan en aquel momento? ¿Qué ha de preocuparles lo que los demás poseen, si ellos poseen lo que no tienen los demás?

Si están separados, sus miradas se hablan, se comprende, se acarician: si unidos, su lenguaje se asemeja al ruido de las hojas y las aguas en una noche de verano; y cuando ella pronuncia frases de expansiva y mal comprimida pasión, él dilata las sedientas pupilas y sus ligeros movimientos de cabeza indican que está bebiendo la felicidad en aquellos lábios que le sonríen y que murmuran tiernas frases mezcladas con suspiros...

Ah! Yo amo el amor.

Y creo que es el sentimiento que nos aleja mas de la materia, puesto que el que ama se eleva de tal modo, que á su vista todo se disminuye y necesita grandes horizontes, magnitud, sublimidad.

El sentimiento artístico de un ser, se desarrolla poderosamente con el amor, y en consecuencia percibe mas belleza y entra mas pronto en posesion del placer que esta produce.

El amor, por otra parte, es suficiente á neutralizar, sinó á compensar por sí mismo todas las innegables amarguras que suelen acompañarle.

Y cuando no se resisten con entereza esas amarguras, es porque no hay amor.

Yo he oido á muchos enamorados exclamar:

—Benditas sean mis penas, si *ella* es la causa que las produce.

Y Ninon de Lenclos aceptaba con tal entusiasmo este sentimental heroismo, que llegó á decir que un amor cobarde ante la reprobacion de la sociedad, no podia considerarse como tal sentimiento.

Pero cuando el amor es una verdadera desgracia, es cuando vive solo: entónces es preciso curarnos de él; y ¿á quién recurrir?

Porque es un sentimiento que, como todo lo que nace de la imaginacion, adquiere mayor intensidad cuando se le combate.

La parte intelectual funciona, movida por el deseo del individuo, para buscar armas con que defenderse; pero esta gimnasia de la imaginacion solo sirve para dar robutez al pensamiento dominante.

La ciencia es inútil en este caso, pues todos sabemos lo poco que ha investigado la medicina en achaques de amor; y, sobre todo, esta enfermedad ofrece el fenómeno de que siempre emprendemos con pesar su curacion.

De cualquier modo que sea, el amor existirá siempre, porque la atraccion de los sexos ha de manifestarse en las inteligencias cultivadas y en los corazones delicados, con la menor cantidad posible de materialismo.

Además, la muger es, como ha dicho Bonald, la amiga *natural* del hombre, y cualquiera otra amistad es débil y sospechosa, comparada con esta.

Todos los humanos han amado cuando menos una vez, con bueno ó mal éxito; pero si alguno se ostenta como no sensible á las impresiones de amor, decidles con La Bruyere que es por no conocer aun al ser á quien han de amar.

Y aquí concluyo porque recuerdo á pesar mio lo que decia un autor ocupándose del mismo asunto: «no se puede estar largo tiempo enamorado sin hacer muchas tonterias, ni hablar un rato de amor sin decir muchas necedades.

Será cierto? Quién sabe; pero de todos modos no es menos exacto que á estos ateos de Cupido, enemigos *convencionales* de las mugeres, *les es mas fácil hablar mal de ellas que dejar de amarlas.*

Y esto es lógico: defiendan lo que quieran, nadie ha de creerlos

«porque amor casto entre dos es colmo de las venturas, y unirse dos almas puras es ver á Dios.»

C. F.

EN LA MUERTE

de mi muy amada tia D.^a Antonia Paroldo,
viuda de D. Diego Jover.

¡Importuno lamentar!
El mundo clame en buen hora;
Por eso no ha de dejar
De dar rienda á su pesar
Aquel que á una madre llora.

Que el alma de angustias llena
Aunque á ese mundo no cuadre,
Al sentir tan honda pena
De llanto en copiosa vena
Tributo rinde á una madre.

Yo en tí con dolor profundo
Que entre mil ayes se exhala,
Perdí un amor sin segundo,
Que al de una madre no iguala
Ningun amor en el mundo.

Que madre para mí has sido,
Y madre amorosa y tierna;
Mas ¡ay! de mi bien perdido
En mi pecho dolorido
La imagen vivirá eterna.

Pues consuelo á hallar no acierto,
A mi dolor hoy permite
Estas lágrimas que vierto,
Y que una flor deposite
Sobre tu sepulcro yerto;

Que al mundo mi pena diga,
Y hasta la celeste esfera
El vuelo de tu alma siga,
Y que cien veces bendiga
Tu amor que mi encanto fuera.

¡Ay! que sin tí en un abismo
Sin fondo de angustias quedo,
Y en cruel indiferentismo
Todo sin tí me es lo mismo,
Que vivir sin tí no puedo.

Si hoy tras la muerte que asombra,
Aquel que sirven de alfombra
Los mundos, llama y acudes,
La palma de tus virtudes
Dará á tu sepulcro sombra.

¡Ah! de ardiente admiracion
Tributo estos versos son
Que alivian hoy mi tristeza,
Al recordar la pureza
De tu hermoso corazon.

Los que siempre en tí brillaron
Nobles, bellos sentimientos,
Eco en mi pecho encontraron,
Y á su influjo en mi brotaron
Generosos pensamientos.

Yo de tí la fé aprendí,
Y á sentir cual tú sentiste,
Y si algo bueno hay en mí
A tu ejemplo lo debí,
Que espejo de virtud fuiste.

Llena de amoroso anhelo,
Para el que en el mundo llora
Tú hallaste eficaz consuelo,
Que de caridad, señora,
Tú siempre fuiste modelo.

¡La caridad! ella implica
La perfeccion, dá la palma,
Y á Dios honra y glorifica,
Esa es la joya tan rica
Con que adornaste tu alma.

Ella el único camino
Que á El nos conduce sin dolo,
Amor que del cielo vino,
Y bajo los rayos solo
Crece del amor divino.

Solicita y diligente,
Y con santa complacencia
Amparaste al indigente;
Así corrió tu existencia
Haciendo el bien solamente.

Y si solo tú veias
En cada pobre un hermano,
¡Cómo olvidada serias
De aquel á quien socorrias
Con fransez y liberal mano!

Y pues Dios un galardón
Reserva á la virtud cierto,
Ver, mitiga mi aflicción,
Tras de ese azul pabellón
Un cielo para tí abierto.

AMADOR JOVER Y SANS.

Abril de 1870.

ANÉCDOTA.

Preguntando en cierta casa
por un maestro jaulero,
un tartamudo expresóse
de aqueste modo incorrecto.

—¿A...aquí vi...ive u...uno que ha...ace
jau...jau...jau

—¡Qué es esto!—

dijo asustada una vieja
que salido habia á su encuentro.—

Osté viene equivocao,
no vive aquí ningun perro.

J. M. MORATILLA.

MISCELÁNEAS.

Una elegante decia en su gabinete, delante de su hija, niña de seis años, que iba á ponerse de medio luto por la muerte de su cuñada.

—Pues qué, mamá, dijo la linda niña: tiita se ha muerto á medias?

* *

Se examinaba de doctrina cristiana un puleto.

—¿Cuántos Dioses hay? le preguntó el cura.
—Padre, esa es una pregunta muy honda; pregúntemela V. mas fácil.

—¿En dónde está Dios?

¡Qué sé yo! parece que se empeña V. en preguntarme lo más difícil.

—¿Quién es Jesucristo?

—Pero padre, ¿no conoce que estoy siempre en el campo y no trato con nadie?

—¿Qué es lo que sabes? dí.

—La letania.

—¡Hombre! ¡la letania! Pues vamos, dila, que si la sabes, te apruebo.

—A V. le toca principiar, que yo ya diré *Ora pro nobis*.

* *

Hablas siempre por los codos,
usas largas espresiones,
y vomitando razones
que no convencen á todos,
discurres médios y modos
de conquistarte el aprecio,
siquiera por hablar recio,
sin hacer á nadie agravio...
Dice el bulgo que eres sábio,
y yo digo que eres nécio.

Das limosna si te ven,
y si nó, gruñes al pobre,
aunque el dinero te sobre.
Es decir, que tú haces bien
porque un aplauso te den,
no porque la obra pia
ante Dios te dé valia...

Y al ver tu falsa bondad
dice el vulgo: «¡Caridad!»
Y yo digo: «¡Hipocresía!»

J. C.

* *

Nuestro director D. Carlos Diaz Bolla, ha tomado el título de Licenciado en Derecho civil y Canónico en la Universidad Literaria de Granada.

* *

EPIGRAMA.

Encargó una tempestad
cierto banquero á un pintor,
y dijo el rico señor
con mucha formalidad:
—Mil duros daré, lo menos,
si está pintado á lo vivo,
pero es... que no la recibo
como no se oigan los truenos.

PASATIEMPOS.

CHARADA.

En mi primera y segunda
Dios quiera que yo no vaya
á mi primera y tercera,
cuando disponga la marcha;
porque mi segunda y prima
pudieran tenerme á raya;
y en horrendo precipicio
hallar sepultura amarga.
Pero si ya no pasando
por segunda y prima aciaga,
pudieran llevar mi todo
á primera y tertia, ¡caramba!
fuera el hombre mas feliz
que se hallase en toda España,
pues tendido á la bartola
en mi todo yo roncára.

X.

LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO.

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

CA-SA-RA-BO-NE LA.

CÓRDOBA.—1873.

Imprenta de LA ACTIVIDAD,
Azonaicas, 4.

—Ah! Valentina, murmuró con un estremecimiento de inefable alegría.... te adoro.

La baronesa estaba á algunos pasos de ellos; pero gracias al silencio que reinaba, oyó la frase entusiasta de su hijo. Entonces se deslizó sin ruido hasta colocarse detrás de los jóvenes, los rodeó con sus brazos y levantando los ojos hacía el estrellado firmamento, pronunció con voz solemne las siguientes palabras:

—El campo es el gran templo donde la plegaria sube sin obstáculo hasta el cielo. Yo invoco sobre vuestro amor la indulgencia y la bondad de Dios y os bendigo en su nombre.

Un anciano cruzaba en este momento el camino que rodeaba el muro del parque: de repente se detuvo y, quitándose el sombrero, dobló la rodilla. Cuando se incorporó, sus mejillas estaban húmedas, y no tardó en emprender de nuevo el camino, desapareciendo á poco, despues de haber llevado á su boca una mano, mensajera del beso misterioso que brotaba en aquellos lábios pálidos.

Este hombre era el duque Teobaldo de Trézel, conocido por el Taciturno.

IV.

A la mañana siguiente, todo el mundo estaba levantado en Mervilly desde el amanecer. La baronesa, aprovechándose de la autorización que habia recibido de Mr. Herbault designó algunos muebles y encargó á Lucas Imbert, el jardinero, de llevarlos á Orbec á la casa de la calle de Licarot. De seguida dió la orden de que se limpiaran con el mayor cuidado todos los departamentos, y ella misma, ayudada de Valentina se tomó el cuidado de inspeccionar hasta los más pequeños rincones de la morada señorial que iba á dejar para siempre.

Los criados la habian obedecido puntualmente; así es que la pobre gran señora no creia haber visto nunca tan hermoso su palacio. En esos momentos en que la servidumbre toda se esmeraba, cumpliendo las órdenes de la baronesa, en hacer desaparecer el menor vestigio de polvo y descuido, y en esparcir por todas partes el brillo y la frescura, la señora de Mervilly encontraba detalles primorosos, muebles llenos de gracia y otras muchas cosas á las que hasta entonces solo habia concedido una atencion distraida.

Así se embellece siempre á nuestros ojos lo que hemos de abandonar ó vemos desaparecer: existe en este fenómeno una mágia extraña que solo permite al corazon apreciar bien lo que ama cuando vá á perderlo.

La señora de Mervilly examinando cada objeto con una atencion minuciosa, no habia sentido, por otra parte, debilitarse ni su valor, ni su firmeza: veíase la tranquila y resuelta; y es porque ella sentía en su alma esa grave resignacion que acepta sin quejarse los hechos consumados, por dolorosos que sean. Esta muger no era de las que se dejan dominar por el sentimiento de una desgracia irremediable, llevando la abnegacion hasta el heroismo: hasta sonreír ante la adversidad.

Cuando hubo terminado la escrupulosa inspeccion de las habitaciones, la baronesa volvió al salon, donde la esperaban Valentina y Didier. Las diez sonaban en aquel momento en el gran reloj adornado por el grupo de Venus y la Psiquis que imploraba su piedad.

Este sonido atrajo la mirada de la noble dama que quedó admirada, como Mr. Herbault la vispera, del bellissimo grupo que coronaba el pedestal de mármol; pero apartando bruscamente su atencion, exclamó con tono decidido:

—Todo está en orden: solo nos resta cerrar las puertas, enviar las llaves y partir.

La señorita de Champrosay le anunció que los criados, dis-

puestos á alejarse de Mervilly, deseaban obtener antes su permiso para despedirse.

—Qué vengan! respondió vivamente: quiero agradecerles por última vez el celo de que han dado tantas pruebas á mi servicio, y el cariño que me han demostrado, sobre todo desde que el infortunio se aposentó en esta casa.

—Han rehusado, repuso Valentina, sus salarios de los tres últimos meses, recordando que el día que se puso en venta el palacio, V. consintió en conservarlos, á sus instancias, sin que ellos tuviesen derecho á ninguna retribucion y hasta el momento en que V. dejara de habitar á Mervilly.

—Me acuerdo en efecto de haber cedido á sus súplicas..... Nobles corazones!... no desdeñaré por cierto su liberalidad. Por otra parte, ya he encontrado un medio de mostrarle mi gratitud: Didier, suplicales que vengan.

El baron salió, entrando á poco seguido de todos los criados. Estos eran todos antiguos en Mervilly, contando el que menos diez años de servicio. La servidumbre, pues, compuesta de Huberto el ayuda de cámara, Lucía la doncella, Matias el cochero, Gertrudis la cocinera y Georgina la muchacha de limpieza, se presentó triste y conteniendo con visible esfuerzo el pesar de que se sentian poseidos.

—Señora baronesa dijo Huberto con voz conmovida; V. S. ha consentido conservararnos hasta hoy y nuestro reconocimiento es tal, que no sabemos como expresarlo. Crea V. S. que sentimos de todo corazon no poder continuar á sus servicios; tan buenos como han sido ustedes con nosotros!... Si los servidores agradecidos y deseosos de cumplir con su obligacion no son muchos, los señores indulgentes y justos son tambien raros.... Nosotros estamos seguros de no encontrar en otra parte la solicitud y las consideraciones que aquí se nos han tenido. Así, crean ustedes que nos vamos con un profundo sentimiento.

Al concluir estas palabras el buen Huberto devoró una lágrima; su voz se extinguió en un suspiro. Sus compañeros, no

para mostrarle de nuevo su gratitud; luego despidiéndose de la baronesa.

—La resolucion de abandonar mañana á Mervilly es irrevocable? le preguntó.

—Irrevocable; le respondió aquella con firmeza.

—Sea, señora.... Mi resolucion formal es que todo esto, el castillo y sus cercanias, quede en el orden en que Vds. lo han dejado. Si Vds. lo permiten, les enviaré una llave de la parte habitable á fin de que puedan venir á visitar su antigua morada cada vez que lo tengan por conveniente.

—Acepto ese ofrecimiento, querido Mr. Herbault, respondió la baronesa con una visible satisfaccion.

Algunos minutos despues Mr. Herbault, Clotilde y Felix tomaban asiento en el charaban, que no tardó en alejarse: la señora de Mervilly le siguió con la mirada hasta que desapareció en una vuelta del camino.

Durante este tiempo Valentina habia ido á sentarse sobre un tronco de árbol caido y á orillas del llano: allí tenia bajo sus ojos un valle estrecho, encajado entre dos altas colinas y cuyo aspecto, á esta hora, era extraordinariamente romántico. La tranquilidad de la luna alumbraba dulcemente los menores detalles de la encantadora perspectiva, que invitaba á la contemplacion. Accesible la señorita de Champrosay á la poesia de las hermosas noches de verano, se habia entregado á una contemplacion soñadora. Didier se aproximó á ella, se inclinó y le preguntó sonriendo:

—En quién está V. pensando?

—En V.

—Me ama V., no es cierto?

—Oh! sí.

—Pero.... mucho?

La noble jóven no contestó esta vez pero su mirada brilló como un diamante. Didier se sintió desvanecer.